

The image is a book cover for 'Cuentos' by Arthur Machen. It features a dark, almost black, textured face that appears to be emerging from a deep shadow. The face has two prominent, glowing white eyes that stand out against the dark background. The texture of the face is grainy and somewhat ethereal. The entire illustration is enclosed within a decorative border consisting of a blue wavy, textured pattern. The title 'CUENTOS' and the author's name 'ARTHUR MACHEN' are printed in a bold, red, serif font at the top of the cover.

**CUENTOS**  
**ARTHUR MACHEN**

«Machen será siempre recordado por sus relatos de lo sobrenatural, género en el que pocos le superan. A su literatura aportó unas calificaciones poco usuales. Su infancia en una parroquia rural le dio la oportunidad de estudiar personalmente las costumbres y tradiciones locales. Sus primeros años, también solitarios, de Londres, donde intentó ganarse el sustento catalogando libros raros sobre ocultismo o traduciendo literatura medieval, le proporcionaron el fondo literario de sus temas. Y, todavía más importante, estuvo provisto para su labor de la clase de imaginación que sabe distinguir la maravilla que existe en cosas tan corrientes que escapan a la consideración de la gente normal».

## LA LUZ INTERIOR

### I

UNA tarde de otoño, cuando las fealdades de Londres estaban veladas por una leve neblina azulada, y sus vistas y sus largas calles parecían espléndidas, el señor Charles Salisbury paseaba despacio por Rupert Street, aproximándose poco a poco a su restaurante favorito. Miraba hacia abajo estudiando el pavimento, y así fue como chocó, al pasar por la angosta puerta, con un hombre que subía del fondo de la calle.

—Le ruego que me disculpe; no miraba donde iba. ¡Toma, es Dyson!

—Sí, en efecto. ¿Cómo está usted, Salisbury?

—Muy bien. Pero ¿dónde ha estado, Dyson? No creo haberle visto en los últimos cinco años.

—No, me atrevería a decir que no. ¿Recuerda que me encontraba más bien apurado cuando vino usted a mi casa de Charlotte Street?

—Perfectamente. Creo recordar que me contó usted que debía cinco semanas de alquiler, y que se había desprendido de su reloj por una insignificante suma.

—Mi querido Salisbury, su memoria es admirable. Sí, estaba apurado. Pero lo curioso es que poco después de que usted me viera aumentaron mis apuros. Mi situación financiera fue descrita por un amigo como «sin blanca». No apruebo los vulgarismos, acuérdesse usted, pero ésa era mi condición. ¿Qué tal si entramos? Podría haber otras personas igualmente interesadas en comer. Es una debilidad humana, Salisbury.

—En efecto, vayamos. Mientras paseaba me preguntaba si estaría libre la mesa de la esquina. Como usted sabe tiene respaldos de terciopelo.

—Conozco el lugar, está vacío. Sí, como le decía, llegué a estar más apurado todavía.

—¿Qué hizo entonces? —preguntó Salisbury, quitándose el sombrero y acomodándose al borde del asiento, mientras ojeaba el menú con vivo interés.

—¿Que qué hice? Pues me senté y reflexioné. Había recibido una excelente educación clásica y sentía una categórica aversión por cualquier clase de negocio: ése fue el capital con el que me enfrenté al mundo. Sabe usted, he oído a gente calificar a las aceitunas de desagradables. ¡Qué lamentable prosaísmo! A menudo he pensado, Salisbury, que podría escribir poesía sincera bajo la influencia de las aceitunas y el vino tinto. Pidamos Chianti; puede que no sea muy bueno, pero la botella es sencillamente encantadora.

—Se está muy bien aquí. También podemos pedir una botella grande.

—De acuerdo. Entonces reflexioné sobre mi ausencia de perspectivas y determiné embarcarme en la literatura.

—Realmente es extraño. Parece usted encontrarse en circunstancias bastante confortables, aunque...

—¡Aunque! ¡Qué sátira sobre tan noble profesión! Me temo, Salisbury, que no tiene usted una buena opinión acerca de la dignidad de un artista. Me ve sentado frente al escritorio —o al menos puede verme si se molesta en llamar— con pluma y tinta, y la pura nada ante mí, y si vuelve

a las pocas horas con toda probabilidad encontrará una obra de creación.

—Sí, completamente de acuerdo. Tengo idea de que la literatura no es remunerativa.

—Está usted equivocado; sus recompensas son inmensas. Puedo mencionar, de paso, que poco después de verle a usted logré un pequeño ingreso. Un tío murió y resultó inesperadamente generoso.

—¡Ah!, ya veo. Debe haber sido oportuno.

—Fue agradable, innegablemente agradable. Siempre lo he considerado como una dotación para mis investigaciones. Le decía a usted que yo era un hombre de letras; quizás sería más correcto describirme a mí mismo como un hombre de ciencia.

—Mi querido Dyson, verdaderamente ha cambiado usted mucho en los últimos años. Pensaba, sabe usted, que era una especie de ciudadano ocioso, el tipo de hombre que puede encontrarse uno en la acera norte de Picadilly de mayo a julio.

—Así es. Aún entonces me estaba formando, aunque inconscientemente. Como usted sabe, mi pobre padre no tuvo los medios para enviarme a la universidad. En mi ignorancia solía quejarme por no haber completado mi educación. Locuras de juventud, Salisbury; Piccadilly era mi universidad. Allí empecé a estudiar la gran ciencia que todavía me ocupa.

—¿A qué ciencia se refiere?

—A la ciencia de la gran ciudad; la fisiología de Londres; literal y metafísicamente el tema más grande que puede concebir la mente humana. ¡Qué admirable asado de carne! Indudablemente el definitivo final del faisán. A veces me siento todavía absolutamente abrumado cuando pienso en la inmensidad y complejidad de Londres. París puede llegar a entenderse a fondo mediante una razonable dosis de estudio; pero Londres es siempre un misterio. En París se puede decir: «Aquí viven las actrices, aquí los

bohemios y los *ratés*»; pero en Londres es diferente. Se puede señalar con bastante exactitud una calle como morada de las lavanderas; pero en el segundo piso puede haber un hombre estudiando los orígenes de los caldeos, y en el desván, un artista olvidado agoniza lentamente.

—Veo que es usted, Dyson, inmovible e inmutable —dijo Salisbury sorbiendo lentamente su Chianti—. Pienso que le engaña su imaginación demasiado ferviente; el misterio de Londres únicamente existe en su imaginación. A mí me parece un lugar bastante aburrido. Rara vez se oye hablar en Londres de algún verdadero crimen artístico, mientras que, según creo, París abunda en este tipo de cosas.

—Sírname más vino. Gracias. Está usted equivocado, mi querido compañero, realmente equivocado. Londres no tiene nada de qué avergonzarse en la senda del crimen. Si fracasamos es por falta de Horneros, no de Agámenesones. Cómo usted sabe: *Carent quia vate sacro*.

—Recuerdo la cita. Pero no creo poder seguirle del todo.

—Bien, en lenguaje llano, no tenemos en Londres buenos escritores especializados en este género de cosas. Nuestros cronistas más comunes son torpes sabuesos; cada historia que cuentan la echan a perder al contarla. Su idea del terror y de lo que suscita terror es lamentablemente deficiente. Nada los contenta salvo la sangre, la vulgar sangre roja, y cuando la encuentran cargan las tintas, considerando que han producido un artículo eficaz. Es una pobre concepción. Y, por alguna curiosa fatalidad, son siempre los asesinatos más comunes y brutales los que atraen mayormente la atención y consiguen las más de las veces que se escriba de ellos. Por ejemplo, ¿ha oído usted hablar tal vez del caso Harlesden?

—No, no. No recuerdo nada de él.

—Por supuesto que no. Y, sin embargo, la historia es muy curiosa. Se la contaré mientras tomamos café. Harlesden, como usted sabe, o más bien espero que no, es real-

mente un barrio en las afueras de Londres; curiosamente algo diferente de suburbios venerables y primorosos como Norwood o Hampstead, tan diferente como cada uno de ellos lo es del otro. Hampstead, quiero decir, es donde uno buscaría el culmen de una gran casa china con tres acres de terreno y varios pabellones, aunque recientemente hay un sustrato artístico; mientras que Norwood es el hogar de las prósperas familias de clase media que eligieron la casa «porque estaba cercana a palacio», y seis meses después se hartaron del palacio. Sin embargo, Harlesden es un lugar sin carácter. Es todavía demasiado nuevo para tener carácter. Hay hileras de casas rojas e hileras de casas blancas con brillantes celosías verdes, y portales descascarillados y pequeños patios traseros que llaman jardines, y unas pocas tiendas endebles, y luego todo se desvanece, precisamente cuando uno se cree a punto de captar la fisonomía del lugar.

—¿Qué diablos significa eso? ¡Supongo que las cosas no se desplomarán ante nuestros ojos!

—Bueno, no, no es eso exactamente. Pero como entidad, Harlesden desaparece. Sus calles se convierten en silenciosas callejuelas, y sus llamativas casas en olmos, y los jardines traseros en verdes praderas. Inmediatamente se pasa de la ciudad al campo; no hay transición como en una pequeña población rural, ni suaves graduaciones de césped y árboles frutales, con una densidad paulatinamente menor de casas, sino un cese repentino. Creo que la mayor parte de la gente que allí vive cabe en la City. Una o dos veces he visto un autobús repleto dirigiéndose hacia allá. Pero como quiera que sea, no puedo concebir una soledad mayor en un desierto a medianoche que la que allí existe a mediodía. Parece una ciudad muerta; las calles refulgen en su desolación, y al pasar descubre uno repentinamente que también ellas son parte de Londres. Hace uno o dos años vivía allí un médico. Había instalado su placa metálica y su lámpara roja en el mismo límite de una de esas

calles relucientes, y a espaldas de la casa los campos se extendían a lo lejos hacia el norte. Desconozco la causa por la que se estableció en un lugar tan apartado; quizás el doctor Black, como le llamaremos, fuera un hombre precavido y mirara al futuro. Sus amistades, según se supo luego, le habían perdido de vista durante muchos años, e incluso no sabían que fuera médico y mucho menos dónde vivía. Sin embargo, se había establecido en Harlesden con los restos de una clientela y una esposa extraordinariamente bella. Al poco de llegar a Harlesden la gente solía verles paseando juntos en las tardes veraniegas, y, por lo que se podía observar, parecían una pareja muy cariñosa. Estos paseos continuaron durante el otoño y luego cesaron, pero, naturalmente, según los días se oscurecían y el tiempo refrescaba, podía esperarse que las callejuelas cercanas a Harlesden perderían muchos de sus atractivos. Terminado el verano, nadie volvió a ver a la señora Black; el doctor solía responder a las preguntas de sus pacientes que ella se encontraba «un poco indispuesta y que, sin duda, estaría mejor en la primavera». Pero la primavera llegó, y el verano, y la señora Black no apareció, y finalmente la gente comenzó a murmurar y a hablar entre ellos, y se dijeron todo tipo de cosas curiosas a la «hora del té», que como usted posiblemente sabrá es el único entretenimiento conocido en esos suburbios. El doctor Black empezó a sorprender miradas muy extrañas a él dirigidas, y la clientela, que era numerosa, disminuyó visiblemente. En suma, cuando los vecinos cuchicheaban sobre el tema, susurraban que la señora Black estaba muerta y que el doctor se había deshecho de ella. Pero éste no era el caso; la señora Black fue vista con vida en junio. Fue una tarde de domingo, uno de esos pocos días exquisitos que ofrece el clima inglés, y la mitad de los londinenses se había extraviado por los campos, en todas direcciones, para aspirar el perfume del florido mayo y comprobar si habían florecido ya las rosas silvestres en los setos. Aquella mañana había salido temprano y había dado un largo



paseo, y de un modo u otro cuando iba de regreso a casa me encontré en el mismo Harlesden del que hemos estado hablando. Para ser exacto, tomé una jarra de cerveza en el General Gordon, el más floreciente establecimiento de la vecindad, y mientras deambulaba sin objeto vi un boquete extraordinariamente tentador en un cercado de arbustos y decidí explorar el prado. Después de la infernal gravilla esparcida por las aceras suburbanas la suave hierba es muy agradable de pisar, y luego de caminar un buen rato pensé que me gustaría sentarme en un banco y fumarme un cigarrillo. Mientras sacaba la petaca miré en dirección a las casas y según miraba sentí que se me cortaba la respiración y que mis dientes empezaban a castañetear, y el bastón que llevaba en una mano se partió en dos del apretón que le di. Fue como si una corriente eléctrica me bajara por el espinazo y, sin embargo, durante algún tiempo que me pareció largo, pero que debe haber sido muy corto, me contuve preguntándome qué diablos ocurría. Entonces comprendí lo que había hecho estremecer mi corazón y había helado mis huesos de angustia. Al mirar en dirección a la última casa de la manzana frente a mí, en la corta fracción de un segundo había visto un rostro en una de las ventanas superiores de la casa. Era un rostro de mujer, y, sin embargo, no era humano. Usted y yo, Salisbury, hemos oído hablar en nuestra época, cuando nos sentábamos en los bancos de la iglesia al sobrio estilo inglés, de una concupiscencia que no puede saciarse y de un fuego inextinguible, pero ni uno ni otro tenemos la menor idea de lo que esas palabras quieren decir. Espero que usted nunca la tenga, pues yo, al ver esa cara en la ventana, con el cielo azul sobre mí y el cálido viento acariciándome a ráfagas, comprendí que había penetrado en otro mundo: había mirado por la ventana de una casa ordinaria y flamante, y había visto el infierno abierto ante mí. Cuando me recuperé de la primera impresión, pensé una o dos veces que me había desmayado; mi rostro chorreaba sudor frío y mi respiración estallaba en sollozos,

como si me ahogara. Al fin me las arreglé para levantarme y crucé la calle: allí vi el nombre «Dr. Black» en el buzón de la puerta principal. El destino o mi suerte quiso que la puerta se abriera y un hombre bajase las escaleras cuando yo pasaba. No tuve ninguna duda de que era el mismo doctor. Era de un tipo bastante corriente en Londres: alto y delgado, pálido de cara y con un deslucido bigote negro. Cuando nos cruzamos sobre el pavimento me dirigió una mirada, y aunque fue simplemente la ojeada casual que un peatón dedica a otro, mentalmente llegué a la conclusión de que era un tipo de trato peligroso. Como usted puede imaginar, seguí mi camino bastante perplejo y también horrorizado por lo que había visto. Después visité de nuevo el General Gordon, e hice acopio de la mayoría de los chismes que circulaban por el lugar en relación con los Black. No mencioné que había visto en la ventana un rostro de mujer; pero me enteré de que la señora Black había sido muy admirada por su hermosa cabellera dorada, y el rostro que me había impresionado con tan desconocido terror estaba rodeado por un vaho de flotantes cabellos rubios, como una aureola de gloria alrededor del rostro de un sátiro. Todo el asunto me incomodaba de manera indescriptible, y cuando volví a casa hice todo lo posible por convencerme de que la impresión recibida había sido una ilusión, pero de nada sirvió. Sabía muy bien que había visto lo que he intentado describirle; moralmente estaba seguro de haber visto a la señora Black. Además estaban los chismes del lugar, la sospecha de juego sucio, que sabía que era falsa, y mi propia convicción de que existía alguna malicia fatal o cualquier otra anomalía en esa casa de color rojo chillón de la esquina de Devon Road. ¿Cómo construir una teoría razonable con estos dos elementos? En resumen, me encontraba inmerso en un mundo de misterio; traté de descifrarlo y llené mis ratos de ocio atando los cabos sueltos de la especulación, pero no avancé ni un solo paso hacia la solución verdadera, y cuando llegó el verano el asunto parecía más ne-

buloso y confuso, y proyectaba un vago temor, como una antigua pesadilla. Supuse que en breve se habría desvanecido en el fondo de mi cerebro —no debería olvidarlo, pues semejante cosa nunca puede olvidarse—; pero una mañana cuando leía el periódico me llamó la atención un titular de unas dos docenas de renglones de letra pequeña. Las palabras que había visto eran simplemente: «El caso Harlesden», y sabía lo que iba a leer. La señora Black había muerto. Black había llamado a otro médico para certificar la causa de la muerte, pero algo o alguien despertó las sospechas del extraño doctor y hubo una investigación judicial con autopsia. El resultado, lo confesaré, me asombró considerablemente: fue el triunfo de lo inesperado. Los dos médicos que practicaron la autopsia se vieron obligados a confesar que no pudieron descubrir el menor rastro de cualquier tipo de engaño; sus ensayos y reactivos más exquisitos no consiguieron detectar presencia de veneno, ni aun en la más infinitesimal cantidad. La muerte había sido producida, descubrieron, por una especie de enfermedad cerebral, en cierto modo confusa y científicamente interesante. El tejido del cerebro y las moléculas de materia gris habían experimentado una extraordinaria serie de cambios; y el más joven de los dos médicos, que tenía cierta reputación, creo, como especialista en enfermedades mentales, hizo algunas observaciones al dar su testimonio que al momento me impresionaron profundamente, aunque entonces no comprendí su significado por completo.

»—Al comenzar mi examen —dijo— estaba asombrado de encontrar apariencias de una índole completamente nueva para mí, no obstante mi en cierto modo amplia experiencia. De momento no tengo necesidad de especificar estas apariencias; me bastará con manifestar que mientras ejecutaba mi tarea apenas podía creer que el cerebro que tenía delante fuera de un ser humano.

»—Esta declaración causó cierta sorpresa, como usted puede imaginar, y el juez preguntó al médico si quería decir

que el cerebro se parecía al de un animal.

»—No —contestó él—, yo no diría tanto. He observado algunas apariencias que parecían apuntar en esa dirección; pero otras, todavía más sorprendentes, indicaban una estructura nerviosa de una índole completamente diferente a la del hombre o el más ínfimo de los animales.

»—La declaración causó extrañeza, pero el jurado, naturalmente, presentó un veredicto de muerte por causas naturales, y el caso se acabó para el público. No obstante, después de haber leído la declaración del doctor, resolví que me gustaría saber bastante más, y me puse a trabajar en lo que prometía ser una interesante investigación. Realmente tuve bastantes problemas, pero hasta cierto punto tuve éxito. Aunque entonces, mi querido compañero, no tenía ni idea del porqué. ¿Se ha dado cuenta de que hemos estado aquí casi cuatro horas? Pidamos la cuenta y vayámonos.

Los dos hombres salieron en silencio y permanecieron un momento en el frío ambiente viendo pasar frente a ellos el apresurado tráfico de Coventry Street, acompañado de los retumbantes timbres de los cabriolés y los gritos de los vendedores de periódicos: el intenso murmullo lejano de Londres agitándose una y otra vez por debajo de esos ruidos más estrepitosos.

»—Es un caso extraño, ¿no es cierto? —dijo Dyson finalmente—. ¿Qué opina usted?

—Mi querido colega, no he escuchado el final, por tanto me reservaré la opinión. ¿Cuándo me contará el resto?

—Venga a verme alguna tarde; digamos el jueves próximo. Aquí tiene mi dirección. Buenas noches; deseo descender hasta el Strand.

Dyson llamó a un cabriolé que pasaba, y Salisbury giró hacia el norte en dirección a su casa.

## II

EL señor Salisbury, como puede haberse deducido de las escasas observaciones que había sido capaz de hacer en el transcurso de la tarde, era un joven caballero de intelecto singularmente sólido, recatado y retraído ante los misterios y lo insólito, y con una aversión temperamental por la paradoja. Durante el almuerzo en el restaurante se había visto obligado a escuchar casi en completo silencio un extraño tejido de inverosimilitudes ensartadas con la ingenuidad de un curioso nato de intrigas y misterios, y se sentía cansado al cruzar Shaftesbury Avenue y zambullirse en las entrañas del Soho, pues su vivienda se encontraba en las proximidades del lado norte de Oxford Street. Mientras caminaba, especulaba sobre el probable destino de Dyson, dependiendo de la literatura, sin el amparo de algún pariente considerado, y no pudo menos de concluir que estaba tan sutilmente imbuido de una imaginación excesivamente brillante que, con toda probabilidad, sería recompensado con un par de tablillas para anuncios o una pancarta de comparsa. Absorto en este hilo de pensamiento, y admirando la perversa destreza capaz de transmutar el rostro de una mujer enfermiza y un caso de enfermedad mental en los toscos elementos de un romance, Salisbury se extravió entre las calles débilmente iluminadas, sin advertir el impetuoso viento que golpeaba con fuerza por las esquinas y elevaba en remolinos la basura dispersa sobre el pavimento, mientras negros nubarrones se acumulaban sobre la amarillenta luna. Ni siquiera la caída en su rostro de una o dos gotas aisladas de lluvia le sacó de sus meditaciones, y sólo comenzó a considerar la conveniencia de buscar algún refugio cuando la tormenta estalló de pronto en plena calle. Impelida por el viento, la lluvia descargó con la violencia de una tronada, salpicando al caer sobre las piedras y silbando por el aire, y pronto un verdadero torrente de agua corría por

los arroyos y se acumulaba en charcos sobre los obstruidos desagües. Los escasos viandantes extraviados, que más que pasear por la calle holgazaneaban, echaron a correr como conejos asustados hacia algún invisible refugio, y aunque Salisbury silbó ruidosa y repetidamente en busca de un cabriolé, no apareció ninguno. Miró a su alrededor, como para descubrir lo lejos que podía estar del abrigo de Oxford Street, pero vagando indiferentemente se había apartado de su camino y se encontró en una zona desconocida con toda la apariencia de estar desprovista incluso de hoteles donde pudiera uno guarecerse por la modesta suma de dos peniques. Las farolas escaseaban y estaban muy espaciadas, y lucían, tras los sucios cristales, por el pálido flujo de aceite; a esta vacilante luz pudo vislumbrar Salisbury los sombríos e inmensos caserones de que se componía la calle. Al pasar junto a ellos, apresurado y encogido bajo la avalancha de lluvia, reparó en los innumerables tiradores de las puertas, cuyas inscripciones, grabadas en chapas de bronce, parecían desvanecerse de viejas, y aquí y allá un alero ricamente esculpido sobresalía de la puerta, ennegrecido por la mugre de cincuenta años. La tormenta parecía agravarse con furia creciente; Salisbury estaba completamente mojado y había echado a perder su sombrero nuevo, y con todo Oxford Street parecía tan lejana como siempre; con profundo alivio el empapado hombre alcanzó a ver una sombría arcada que parecía brindar protección de la lluvia, si no del viento. Salisbury tomó posición en la esquina más seca y miró en torno suyo; se encontraba en una especie de pasaje artificial bajo parte de una casa y tras él se extendía una estrecha acera que conducía entre blancas paredes a regiones desconocidas. Había permanecido allí algún tiempo, esforzándose vanamente por desembarazarse en parte de su superflua humedad, y alerta al paso de algún cabriolé, cuando le llamó la atención un ruido estrepitoso procedente del pasaje dejado atrás, y que aumentaba al acercarse. En un par de minutos pudo distinguir la voz

ronca y chillona de una mujer, amenazando y repudiando, cuyos acentos resonaban en las mismísimas piedras mientras, de cuando en cuando, un hombre gruñía y protestaba. Sin embargo, contra toda apariencia exenta de romance, a Salisbury le agradaban las peleas callejeras y acababa de iniciarse en las más divertidas fases de la embriaguez; por consiguiente, se apaciguó y se dispuso a escuchar y observar con el aspecto de un abonado a la ópera. No obstante, para su fastidio, la tempestad pareció apaciguarse repentinamente, y pudo oír no más que los impacientes pasos de la mujer y el lento vaivén del hombre acercándose a él. Ocultándose en la sombra de la pared pudo ver cómo se aproximaban los dos; el hombre estaba evidentemente borracho, y tenía sus más y sus menos para evitar chocar con las paredes, a las que se agarraba a uno y otro lado como una barca golpeada por el viento. La mujer miraba al frente, con lágrimas en sus resplandecientes ojos, que volvieron a brillar cuando aquéllas desaparecieron, y finalmente estalló en una sarta de insultos dirigidos contra su compañero.

—Vil granuja, ruin, despreciable canalla —siguió ella diciendo, tras una incoherente avalancha de maldiciones—. ¿Piensas que voy a seguir toda la vida trabajando para ti como una esclava mientras tú persigues a esa chica de Green Street y te bebes cada penique que tienes? Te equivocas, Sam; de veras no lo soporto más. Maldito ladrón, estoy cansada de ti y de tu patrón, así es que ya puedes hacerte tus propios recados, y únicamente espero que te metan en apuros.

La mujer abrió su regazo y, sacando algo parecido a un papel, lo arrugó y lo tiró. Cayó a los pies de Salisbury. Luego se fue y desapareció en la oscuridad, mientras el hombre se tambaleaba en la calle, refunfuñando vagamente contra sí mismo con voz aturdida. Salisbury le siguió, viéndole hacer esos sobre el pavimento, detenerse de vez en cuando y ladearse indeciso, para luego tomar súbitamente un nuevo rumbo.